

El éxito de que esta nueva edición sea tan completa y enriquecedora, viene respaldado por veinticinco años de investigación que la doctora Correa lleva dedicados a Isaac Muñoz, de quien apenas existía rastro antes de que ella, en 1990, comenzase sus investigaciones, elaborase su tesis y continuase trabajando en semejante labor “detectivesca”, para que todos podamos saborear un pellizco más de literatura. Ya lo hicimos con otras de sus ediciones de las obras del propio Isaac Muñoz: *Vida* (1998), *Morena y Trágica* (1999), *La sombra de una infanta* (2000) o *Libro de Agar la moabita* (2010). Por no hablar de *La Serpiente de Egipto* (1997), de la cuál encontró ella misma el manuscrito en uno de sus viajes a Tendilla, donde se encuentra la palaciega casa que fue domicilio del escritor. Es más, en la biblioteca de Tendilla se hallaba un ejemplar de aquella primera edición de *Voluptuosidad*, la cuál, afirma la doctora Correa, no había sido posible localizar por otros medios. Quizás, fue en ese preciso instante cuando comenzó una labor que se nos entrega hoy en día convertida en toda una revelación. Todo el proceso de descubrimiento, que no está exento de curiosas anécdotas e importantísimas aportaciones, las plasmó en las *Actas del Primer Congreso Internacional de Bohemios, raros y olvidados* (2004). Precisamente, en dicha conferencia ya hacía referencia a qué era *Voluptuosidad*: “su primera obra de madurez, editada después de instalarse en Madrid, corte literaria y capital cultural donde se concentran autores y tendencias de todo tipo, pero donde predomina en buena medida el ahora triunfante modernismo. Esta novela recibe el elocuente nombre de *Voluptuosidad*. El año de su publicación, 1906, tendrá lugar un gran cambio en la vida de Muñoz.” (p. 311). Extrapolando las intenciones del granadino no solo a una novela, sino a su obra en conjunto, Amelina Correa expresaba que: “Muñoz plasma en su creación literaria las contradicciones, ambigüedades y deseos insatisfechos que marcaron la cultura de una etapa fecunda.” (p. 310).

Mucho se sorprenderá aquel que coja en su mano esta nueva edición de *Voluptuosidad*; pero, como nos dice el propio Isaac Muñoz en su intencionado prólogo: “En fin, avisados estáis.” (p. 40)

ROCÍO SANTIAGO NOGALES
UNED

Emilia Pardo Bazán. *El vidrio roto. Cuentos para las Américas. Argentina. Edición de J. M. González Herrán. Vigo. Galaxia. 2014. 270 pp.*

Si hay un valor, entre los muchos que acompañan a Emilia Pardo Bazán, que evidencia su indiscutible valía y modernidad es su cosmopolitismo. En un contexto histórico en el que la mujer difícilmente podía aspirar a compartir las funciones y logros conseguidos por el género masculino, ella destacó por su condición de escritora atenta a la evolución de la cultura y el pensamiento que se estaba desarrollando fuera de España. Sobradamente conocidos son sus trabajos acerca de las principales tendencias de la literatura europea del momento –especialmente la francesa y la rusa–, así como sus relaciones y contactos con muy diversos focos culturales tanto europeos como americanos.

Precisamente de su obra literaria publicada en la prensa americana, concretamente de sus cuentos, se ocupa González Herrán en el presente volumen publicado por Galaxia, en la colección Mar Maior. Desde luego nadie mejor que este crítico podía reunir y editar los cuentos que doña Emilia publicó tanto en la prensa nortea-

americana como en la prensa de la América Latina. El lector tiene ante sí una recopilación de cuentos elaborada por quien, sin duda, se constituye hoy día como uno de los principales especialistas de la gran autora gallega, en general, y de su producción cuentística, en particular. Buena muestra de ello resulta tan sólo la excelente edición que, junto a Darío Villanueva, ha llevado a cabo de los cuentos de esta escritora en la Biblioteca Castro.

Indudablemente en el contexto histórico en que vivió, Emilia Pardo Bazán se nos presenta como una de las más prolíficas cultivadoras y defensoras de esta especie. Como bien recoge González Herrán, publicó más de seiscientos cuentos, repartidos tanto entre sus quince colecciones como entre las páginas de numerosos periódicos y revistas de la época –y resultan, en este último aspecto, singularmente interesantes los dos últimos volúmenes preparados por este crítico en Castro, bajo el título *Cuentos dispersos*. Conforme a esa práctica habitual en el S. XIX la autora solía dar a la luz estos breves relatos en las páginas de los periódicos para, en ocasiones, reunir posteriormente algunos dentro de los límites de un volumen.

Si el periódico aparece, así, en el S. XIX como un vehículo fundamental para el crecimiento y consolidación del género, tal situación no fue exclusiva del continente europeo. En el americano se convirtió también en práctica frecuente. Desde sus inicios literarios Emilia Pardo Bazán, como señala González Herrán, comenzará, pues, a enviar no sólo crónicas sino también relatos a la prensa americana, constituyéndose la séptima parte de su producción cuentística en textos que fueron publicados en aquellos periódicos y revistas. Si bien casi siempre habían aparecido primero en la prensa española –y recuerda el crítico también las publicaciones involuntarias de cuentos de la autora, al no darse su permiso– existen algunos casos de los que no hay noticia ni prueba de tal publicación previa.

Al tratarse, en consecuencia, de un numeroso corpus de cuentos González Herrán ha tenido que dividir su edición en dos volúmenes. El primero, el que aquí se presenta, recoge los 46 cuentos que aparecieron en la prensa argentina, quedando para un volumen posterior la recopilación de los 43 que se publicaron en Cuba y en Estados Unidos.

El criterio seguido por González Herrán a la hora de presentar y ordenar los relatos es el cronológico. El espectro temporal resulta, indudablemente, muy amplio pues abarca desde 1882, cuando la escritora todavía no era corresponsal en Madrid, del diario de Buenos Aires, hasta finales de la primavera de 1921, cuando se publican, con carácter póstumo, cuentos que la autora había remitido, poco antes de su fallecimiento. Reunido este grupo de relatos, el crítico, a la manera, en cierta medida, de los propios escritores decimonónicos, elige uno para dar título al libro y justifica su elección. Se trata de “El vidrio roto”, uno de los mejores, sin duda, de la presente colección en el que aparece, además, el tema de la emigración. Dicho tema no será, sin embargo, como bien precisa, uno de los más habituales en estos cuentos, como tampoco estará muy presente la ambientación americana.

En su concentrado pero lúcido y penetrante estudio introductorio el crítico revisa los principales temas de estos relatos para anticipar que en los mismos hallamos la flexible variedad propia de la producción de la autora gallega.

Aunque no excesivamente numerosos, no dejamos de hallar cuentos ambientados en la Galicia rural poseedores, a veces, de una extrema violencia –“La hoz”–, si bien se da un mayor predominio de los escenarios urbanos. El tema dominante en estos

resulta, sin duda, el amor y su opuesto el desamor, siendo especialmente interesantes aquellos que, como sus mejores novelas, se caracterizan por el interés por la exploración psicológica. Consecuencia directa de esta forma de publicación serán aquellos cuentos de circunstancias, tan habituales entonces, a los que también alude el crítico. El tema navideño o la directa conexión con circunstancias históricas actuales resultan perceptibles en algunos de tales cuentos. Singularmente representativo sería, a este último respecto, “El conde recuerda”, en el que la autora imagina un fabuloso encuentro entre el recién fallecido Leon Tolstoi y una de las figuras históricas que más atrajo a doña Emilia como San Francisco.

También dedica atención González Herrán a aquellos cuentos centrados en la cuestión social, de los que hay buena muestra en el libro “La cola del pan”. Asimismo señala cómo junto a los cuentos contemporáneos –la mayoría–, los hay también ambientados en un pasado histórico. El tono legendario de algunos de estos resulta especialmente llamativo y conecta, incluso, el ejercicio creativo de la escritora realista con las raíces tradicionales del género. Si bien, claro está, la personalísima forma de concebir el cuento de la autora introduce cambios ostensibles.

Junto a la revisión propiamente temática González Herrán se ocupa también de la presencia de algunas relevantes técnicas narrativas, manifiestas en esta recopilación y habituales, por lo demás, en la producción cuentística de la escritora. Especialmente notorio en ella fue el manejo del tradicional marco. Este sin duda se remonta a lejanos orígenes, como recuerda el crítico, pero fue también incorporado por los cuentistas decimonónicos en la creación de muchos de sus relatos. No puede dejar de recordar González Herrán, en este sentido, su presencia en uno de los mejores cultivadores del relato corto en Europa, bien conocido por Pardo Bazán, como Maupassant. La nómina de los cuentos en los que la escritora maneja dicho recurso en la presente recopilación es, sin duda, abultada –“Aire”, “Caso”, “Un parecido”...

Si, finalmente, destaca como rasgo estilístico común en estos relatos, la introducción en los diálogos del habla popular, el crítico apunta tanto a la probable influencia en la autora del modelo perediano como a la posible relación con otro más próximo en el tiempo, como el valleinclinésco.

La detallada relación de cuentos, que sigue a tan aclaradora introducción, precisa perfectamente la procedencia de cada uno de los relatos. En la misma reúne el crítico la referencia de su publicación en la prensa argentina, la de su publicación previa –cuando consta– en la prensa española, el volumen en que lo recogió la autora –en el caso de que así lo hubiera hecho– y su localización en las *Obras completas*.

Los lectores aficionados a doña Emilia estamos, por tanto, de enhorabuena ante una recopilación hecha con el rigor y solvencia crítica característicos de González Herrán. En ella se perciben, sin duda, algunos de los rasgos más definidores de la personalidad literaria de la gran escritora. El feminismo, la religiosidad, la aparición del mundo rural de las supersticiones, la relevancia de lo pequeño en cosas importantes –“La niebla” no puede dejar de evocar conocidos cuentos de la autora como “El encaje roto”– los espacios y personajes propios de su obra –Marineda o Mauro Pareja– así como su personal concepción del género están presentes a lo largo del libro. Este, qué duda cabe, proporcionará a los aficionados al cuento y a Emilia Pardo Bazán unas horas de grata lectura y a los estudiosos del género una valiosa contribución.

ANA L. BAQUERO ESCUDERO
UNIVERSIDAD DE MURCIA